

El P. Pascasio Arriortúa, S. J., representó a Venezuela en el 26º Congreso de Pax Romana en Lyon. He aquí algunas notas suyas sobre el Congreso.

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD DE LOS CRISTIANOS

Pax Romana, movimiento internacional de intelectuales católicos, organizó en Lyon este pasado verano su congreso anual. El tema general de las sesiones fue: "Libertad y responsabilidad de los cristianos en la Iglesia Postconciliar".

A lo largo de estas reuniones el horario se dividió en dos parcelas bien definidas: por la mañana, una exposición en forma de conferencia a cargo de destacadas figuras del mundo intelectual, Congar, O. P.; Varillón, S. J.; Buckley, Morawska, Michelet, Ruiz Jiménez, Russo, S. J., y Folliet.

Por la tarde, el horario de tres a seis se empleó por completo a la exposición y estudio de las ponencias en mesas redondas (carrefours).

Congar planteó las nuevas relaciones que según el Vaticano II se establecen entre la Iglesia y el mundo, aceptando al mundo tal y como se presenta hoy con sus grandes triunfos, con sus terribles angustias, sus esfuerzos y graves contradicciones.

Varillón llama a los intelectuales católicos a que se entreguen a la ayuda de los teólogos y de los apóstoles de la Iglesia. El desarrollo de las ciencias humanas debe recibir de nuestra parte todo el aliento, pero siempre en armonía con el pensamiento filosófico en reflexión y diálogo; y haciendo suyas unas palabras de Rahner, dice que debemos avanzar de una teología retrospectiva a una teología prospectiva que observe el pasado,

pero que esté presidido por la pasión del porvenir.

Buckley, literato filósofo austriaco, haciendo primero una espléndida visión de la Iglesia a través del Vaticano II, se refiere a las nuevas relaciones de la Iglesia y el mundo de hoy, y no oculta sus reservas ante ciertas doctrinas, según él, conflictivas ante el pensamiento común a las diferentes confesiones.

Morawska, profesora universitaria polaca y de amplia experiencia de los problemas religiosos en su medio, se declara incondicional defensora de un diálogo en profundidad de los laicos con los no creyentes. Pero no cree de fácil realización tal diálogo si la Iglesia y los que la representamos no llevamos una verdadera vocación de servicio y no de dominio. "No se puede abrir, dice, un fresco diálogo con un tono autoritario y fuerte; tengo experiencia de que el mundo incrédulo y el hombre ateo rehuyen a una Iglesia muy fuerte y uniforme en sus teologías elaboradas y en sus prescripciones detalladas."

El señor Folliet hizo hincapié en que "la generación presente llega a la hora de sus responsabilidades culturales en un momento en que el hombre no se preocupa sólo por el pan, sino por la libertad y el derecho a la cultura".

El doctor Ruiz Jiménez, exministro de Educación de España y exembajador en el Vaticano, profesor actualmente en la Universidad de Madrid, insistió en la socialización de la cultura, subrayando que se ha de realizar bajo el

signo de la espiritualidad, abierta de acuerdo al momento, gracias a una profunda formación religiosa y al desenvolvimiento de las competencias profesionales.

El sólo enunciado de los temas de los carrefours declara su interés e inmensa actualidad.

1. El diálogo ecuménico y sus dimensiones actuales.
2. Posibilidad y límites de la colaboración con los incrédulos.
3. Libertad del investigador científico católico.
4. Diálogo con los incrédulos.
5. Responsabilidad del intelectual y del estudiante católico en el medio actual.
6. Actitud del intelectual y del estudiante católicos con el marxismo en el medio universitario.

Estos temas fueron, sin dudar, los que dieron fisonomía al Congreso, al mismo tiempo que trazaron todos los lineamientos de sus "Conclusiones". A ellos se dedicó toda la ardua labor vespertina.

El moderador—señalado muy de antemano—, en el espacio de 25 minutos (pudiéndose alargar hasta los 30), exponía el tema del diálogo, que siempre pasó de las tres horas.

Este Congreso de Pax Romana, organizado y realizado a la luz del Vaticano II, naturalmente, ha consagrado todas sus energías en torno a los inmensos planteamientos del Concilio.

Monseñor Veillot terminaba así su discurso de clausura: "La reno-

vación de la Iglesia y la presencia misionera del cristianismo en el mundo de hoy están unidas al espíritu de búsqueda del Vaticano II. Ciertamente, es necesario vigilar para no quebrantar la solidez doctrinal. Pero el Vaticano II es un punto de partida que invita a los pastores, a los laicos y a los intelectuales hacia las nuevas convicciones de la fe en el mundo de hoy."

El científico católico, como tal, ¿se siente libre en su investigación? Tal fue el tema de la mesa redonda (carrefour) del cuarto día del Congreso de Pax Romana de los intelectuales católicos, que tocó presentar al P. Arriortúa y presidir el diálogo, que duró tres horas largas. Ofrecemos la parte final de la exposición.

Expuesta en síntesis la "teoría del conocimiento científico positivo", necesaria al planteamiento y a la inteligencia del problema, pasa a contestar a la pregunta: El científico católico, como tal, ¿se siente libre en su investigación?

"Ante todo, quede bien asentado que una investigación científica biológica no roza con el dogma y puede considerarse teológicamente cuestión libre; únicamente podría dudarse sobre la doctrina de la antropogénesis; pero aun de ésta se pueden establecer las siguientes proposiciones:

1) Desde el punto de vista "exclusivamente científico", debemos prescindir del aspecto "teológico" porque el motivo de una afirmación científica no puede ser la revelación. El dogma, para el científico, es sólo norma negativa. Precisemos el sentido de esta frase, no siempre bien interpretada en la práctica.

Afirmar que el dogma es norma negativa quiere decir dos cosas: que no puede ser motivo de una afirmación científica, y, además, que puede ser el motivo de no establecer alguna afirmación; de no orientar la investigación en determinada dirección o de omitir ciertos temas o proposiciones. Esta intervención indirecta del dogma no coarta lo más mínimo la libertad del científico, ni impide en modo alguno el progreso; antes al contrario, si se hubiesen oído siempre sus sugerencias, se habrían ahorrado tal vez muchos pasos inútiles. Tenemos dos ejemplos que pueden ilustrar cómo la interven-

ción negativa del dogma en la mente del científico católico no sólo no impide, sino antes puede ayudar a la investigación; tales son: "El sentido común" y "El consentimiento de la mayoría". La influencia que estos dos factores ejercen en su orden en la mente del científico es bastante parecida a la que ahora indicamos. Ambos elementos son "acientíficos" y no pueden, por tanto, aducirse como motivo de una afirmación científica; sin embargo, guían en muchas ocasiones ciertamente la mente del investigador de un modo negativo. Ante una dificultad, insuperable quizás, se lanzaría el científico por derroteros inverosímiles, con tal de librarse de aquella pesadilla, pero tal vez el sentir universal le cohibe o el sentido común le frena. De este modo, factores acientíficos, con su veredicto preventivo, prestan un servicio valioso a la ciencia, lejos de serle obstáculo o de limitar la libertad de acción.

Se advierte desorientación en este punto de la influencia negativa del dogma en la investigación del científico católico. Hay hombres de ciencia, católicos, que en tratados estrictamente científicos aducen razones netamente teológicas para justificar su posición, por ejemplo, en la antropogénesis. Podría admirarse la valentía poco común que esto supone, pero creemos sinceramente que no es necesario llegar a tanto; más aún, que, hablando en sentido estricto, el dogma no debe influir positivamente en la posición que como científico se adopte. Por el contrario, hay también hombres de ciencia que, más obligados que nadie por su profesión a respetar la tradición dogmática, en cuestiones científicamente libres, en las que los autores se dividen en diversidad de opiniones (por ejemplo, la duración de los períodos geológicos, la antigüedad del hombre sobre la tierra, etc.), parecen inclinarse automáticamente a lo que más se aparta de lo que la tradición eclesiástica ha defendido. Parece como si quisieran dejar traslucir en su actitud que en el subconsciente no pesa nada para ellos el prejuicio religioso. En realidad, ambos extremos son igualmente defectuosos y hay que librarse tanto de tomar el dogma como norma positiva de la ciencia como olvidar que lo es negativa para el católico.

2) Hemos dicho que, como científicos, debemos prescindir del aspecto teológico; pero añadimos ahora que podemos hacerlo sin temor alguno; es decir, esa norma "negativa" no nos pone traba alguna en la investigación científica. En efecto, la verdad es una y no puede haber contradicción entre la ciencia y la fe. Tal vez la teología y la ciencia nos hablarán, en ocasiones, de cosas distintas y parecerían contradecirse en un mismo tema; pero un estudio más detenido ha disipado siempre la obscuridad. Hoy día pueden los católicos mirar confiados los avances de la ciencia, convencidos de que acercarnos a la verdad científica es acercarnos a Dios.

Para terminar queremos aducir aquí unas palabras que los Padres del Concilio reunidos en Roma pronunciaron en su mensaje a la humanidad (Nº 6): "Nunca quizá, gracias a Dios, ha aparecido tan clara como hoy la posibilidad de un profundo acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe, una y otra al servicio de la única verdad. No impidáis este preciado encuentro; tened confianza en la fe, esa gran amiga de la inteligencia. Alumbrados en su luz para descubrir la verdad, toda la verdad. Tal es el deseo, el aliento y la esperanza que os expresamos, antes de separarnos, los Padres del mundo entero, reunidos en Roma en Concilio."

El penúltimo día del Congreso se realizó, a modo de descanso, un viaje a Taizé. La misa, concelebrada por 20 sacerdotes de distinta nacionalidad y dialogada por un millar de asistentes de todos los continentes, adquirió un valor simbólico de los cinco días de trabajo en los que el diálogo "Iglesia-Mundo"—el diálogo ecuménico en particular— fue el centro de las preocupaciones.

Pascasio Arriortúa, S. J.